

PUNTOS DE RELACIÓN ENTRE LA «HISTORIA DEL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA» Y EL «LIBRE DEL ORDE DE CAVALLERÍA» DE RAMÓN LLULL

El trabajo que a su debido tiempo llevamos a término para el I Congreso Internacional de Lulismo, titulado «Puntos de relación entre la «Historia del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha» y el «Libre del Orde de Cavallería» de Ramón Llull», (del que damos un breve resumen a continuación) consta de ocho capítulos. Por cada uno de ellos se excavan algunas galerías, todavía inexploradas, en el substrato originativo primario del Quijote.

En aquel estudio, intentamos esclarecer el posible origen de la Historia del Ingenioso Hidalgo, que muy bien pudo haber surgido en y según el citado opúsculo doctrinal caballeresco de Ramón Llull. Ha de tenerse en cuenta, empero, de un modo muy directo en su referencia además, el texto de las veinticinco leyes que forman el título 21 (II Partida del famoso Septenario del rey Alfonso X el Sabio), que, como sabemos, trata exclusivamente de los Caballeros *ordenados* para la *defensa de las gentes* en todo lugar.

Propugnamos como positiva y exacta la hasta ahora no atendida ni entendida *razón llana* de Cervantes al atribuir, bajo duplicado sentido por su intención y verdad, la primera autoridad del Libro de D. Quijote al «historiador»¹ árabe Cide Hamete Benengeli; esta

¹ Leemos en *Quij.* I, 9: «...le di priesa (al traductor morisco) que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el árabe en castellano, dijo que decía: *Historia de D. Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli historiador árabe*». Choca, en el título, el recargado expresionismo de «historia»; pero tengamos en cuenta que, según Maimónides, autor de una paráfrasis a la Retórica de Aristóteles, el concepto de «historia» en la retórica de los árabes es el de «narraciones fingidas

*primera autoridad fué real y cierta.*² — Cervantes se muestra en su Quijote, según gloriosa intuición de Unamuno, «muy superior a lo que cabría esperar de él juzgándole por sus otras obras; se sobrepujo con mucho a sí mismo. Por lo cual es de creer que el historiador arábigo Cide Hamete Benengeli *no es puro recurso literario, sino que encierra una profunda verdad etc.*».³ También Cervantes se nos muestra desconectado y ajeno a cierta arquitectura, borrosa ya y evidentemente modificada, pero que aparece como causal e inspiradora de la obra en el posible fondo del plan del Quijote, formulado por su verdadero autor oriental: producir el *escarnio* propiamente dicho de Caballería de un modo *ingeniosista* por su *parodia*, que al propio tiempo conduce a *paradoja del mismo* (recurso peculiar y exclusivo de la retórica oriental).⁴

Los manuscritos arábigos no estaban redactados, por tanto, siguiendo una *arbitrariedad de locuras*, eventualmente parodiativas hasta el ridículo abolutivo de una Caballería ontológica indeterminada, sino ateniéndose, con especial rigor humorístico, parodial y simultáneamente paradoxivo, a los preceptuarios alfonsino-lulianos de Caballería.

Es de notar como Cervantes dedica poco menos de la mitad del prólogo de la Primera Parte del Quijote a ridiculizar «las acotaciones en las márgenes y anotaciones al final del Libro»; siendo así que en

contadas con la mayor verosimilitud posible, al modo de hechos *sucedidos realmente*. Al ser distinto nuestro concepto de lo «histórico», recordemos, a tal respecto, el repetido ponderar Cervantes, refiriéndose a la historia de Cide Hamete, con cuanta «*puntualidad, verdad, y semínimas de la verdad*» venía escrita. Consúltese a cerca de esto, y la paráfrasis de Maimónides, a M. MEX. Y PELAYO, *Ideas Estéticas*, III, t. I.

² Cervantes inicia así el cap. 40 de la II Parte: «Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias deben mostrarse agradecidos a Cide Hamete *su autor primero*, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas de ella, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase a luz distintamente»; y otras muchas expresiones parecidas en otros capítulos. Recordamos nuestra nota anterior sobre el concepto de «historia» según la retórica oriental-arábica.

³ Cf. *Vida de D. Quijote y Sancho*, por M. DE UNAMUNO, cap. 74, p. 226.

⁴ El «doble juego» de *parodia combinada con paradoja*, tan a menudo usada en el Quijote en relación con los auténticos preceptos de Caballería, es de exclusiva propiedad y uso arábigos. Los mejores valores retóricos de los árabes giran en torno a estos juegos múltiples, *arabescos* del ingenio, en los que concurren, a veces en un solo pasaje, hasta cinco y seis figuras retóricas distintas, valorativas, según ellos, de sus composiciones y poesías. (Cf. M. Y PELAYO, *Ideas Estéticas*, III, T. I).

la pasada centuria *esas mismas anotaciones* constituyeron el objetivo glorioso y porfiado de los grandes lectores del Quijote; muchos de los cuales dedicaron a ellas toda su vida.⁵ ¿Tenemos o no derecho a recordar aquí, por tanto, el refrán «en poco se estima lo que poco ha costado»?

Siendo así las cosas, Cervantes trabajaría en la «composición de unos *materiales de deshaucio no estrenados*»,⁶ y que, no obstante su *difusismo de notas*, eran espléndidos, maravillosos, agudos e ingeniosos de enjundia e inspiración. No es de extrañar, pues, que el Manco llevase a término una composición igualmente espléndida, fabulosa

⁵ Condignos de la gloria del Quijote son, en este sentido, el inglés Bowle y Giner de los Ríos (siglo XVIII), Benjumea y Clemencin (siglo XIX) y D. Francisco Rodríguez Marín y James Fitz-Maurice Kelly en nuestro siglo XX.

⁶ La mayor equivocación de la crítica pacata y común que ha pululado en torno al genio de Cervantes ha sido no querer analizar, ni poco ni mucho, la evidente posibilidad — que es realidad — de haber sido un hecho cierto el hallazgo de los manuscritos arábigos, sin duda por saponer que se incurría en nefando error de lesa gloria contra el Complutense. — Suyos son, y consignados en su *Viaje al Parnaso*, los siguientes versos, confidenciosos del propio proceso originativo del Quijote, disculpándose contra la acusación de *quijotismo* (Lope de Vega decía en carta al duque de Sena que no creía hubiese «nadie tan necio que alabase su Quijote») y aún aquíjotado que algunos de sus contemporáneos le achacaban. Digno de meditarse es, por tanto, su contenido:

«Yo que siempre guardé el común decoro - En las cosas dormidas y despiertas - Pues *no soy troglodita* (calificativo que solía dar el Tribunal de la Inquisición de Toledo a los tercios «escondidos» en su error hasta ser quemados en auto de fe) *ni soy moro* (pero sí que era arábigo el primer autor de la historia de D. Quijote). - De par en par del alma abrí las puertas - Con premisas de gloria y gusto ciertas. - Gocé durmiendo cuatro mil *despojos* - Que los conté sin que faltase alguno - ... - La *suelta* fantasía entre mil flores - Me puso de un pradillo que exhalaba - De *Pancaya* y *Sabea los olores*,... etc. (*Viaje al Parnaso*, VI, 28).

Igualmente Cervantes da a entender la intervención de Cide Hamete, si bien algo receloso al darse cuenta, quizás, de su confidencia:

Palpable vi mas no sé si lo escriba

Que a las cosas que tienen de imposibles (absurdos de D. Quijote pergeñados de locura) Siempre mi pluma se ha mostrado esquiua.

Las que tienen vislumbre de posibles

De dulces de suaves y de ciertas

Explican mis borrones apacibles.

(Por ejemplo la «historia del capitán cautivo» de la I Parte y el desvío de D. Quijote hacia Barcelona, en vez de Zaragoza, sólo por diferenciarse del de Avellaneda, cuando el plan auténtico era la ida a Zaragoza).

de valores intelectuales, convirtiendo así al donairoso «segundo autor»⁷ en una maravillosa rareza de genio universal.

En cuanto al autor arábigo, sin cuya comprobable intervención efectiva como personaje real en esta materia difícilmente se comprendería el argumento del trabajo que nos ocupa, diremos, por ahora, que necesariamente hubo de apoyar gran parte del curioso plan evolutivo-parodiativo de su héroe en casi todas las apuntaciones *contrariativas* de Caballería contenidas en el opúsculo de Lluïl.

El lector medio tendrá ocasión de confrontar, mediante el planteado problema, si cabe sospechar o no esa *deductibilidad*.

II

Una de las más importantes verificaciones de «extremo contrario» a caballería en D. Quijote estaría contenida en VI, 18, del *Libre de Cavallería*: «On, con Deus haja donada rahó e discreció a cavaller con sapie usar de feyts d armes, e con mantenga la regla e art de Cavallería, e lo cavaller *lexa sa discreció e son enteniment* (he aquí un más que notable embrionismo del Quijote) *que rahó li significa e li demostra, e gita nobilitat de coratge*» (términos que convierte al signo positivo D. Quijote, pues *mantiene* «nobilitat de coratge», a pesar de haber «*lexat sa discreció e son enteniment que rahó li significa e li demostra*»); y continúa en el mismo párrafo: «...e segueix

⁷ «Bien es verdad que el *segundo autor de esta obra...*» (Cap. 9, I). «Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor (de Toledo) y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de D. Quijote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar el negocio, le truje a mi casa (es de suponer que *paniguado*, como precaución a que el morisco no desapareciese llevándose el admirado tesoro tan impensadamente adquirido) donde en poco más de un mes y medio la tradujo...» (Cap. 10, I).

El hecho de haber *novelado* Cervantes el *caso del hallazgo* de los manuscritos ha hecho suponer a la crítica que se trataba de un *recurso literario* propio del plan del libro, según expresión debatida de Unamuno, que no creía en tal recurso, con heroico empeño de vislumbre a ultranza aunque sin aportar pruebas. Pero acerca de esto oigamos de nuevo a Cervantes en el ya citado autoproceso de la evolución y montura interna de su Quijote en el Viaje al Parnaso:

«El tiempo la ocasión el oportuno
Lugar correspondían al efeto
Juntos y por sí solo cada uno».

auirs e avaranys, *adoncs es axí com lome foll qui no usu de rahó e fa a aventura so que fa*» (otro, y no el menos importante, de los embriomismos del Quijote).

Comprobamos que se verifica en nuestro hidalgo lo de «ánima sens rahó se cové mills ab l orde de cavallería que discreció», peligro señalado por Llull y que vemos realizarse tan caricatural como paradójicamente en nuestro caballero. — Por otra parte, su «ánima sens rahó» (por subcontrariedad al supuesto luliano de este mismo párrafo) está ricamente guarnecida con «gran nobilitat de coratge», tornándose positivo el «imposibil» luliano. — Dice el maestro, al final de VI, 19: «e de assó qui s fa a aventura (lo cavaller) no deu fer *necesitat* ni *custuma*»; de donde se convierte en alegre «*necesitat e costume*» para nuestro D. Quijote «proseguir su camino sin llevar otro que el que su caballo quería, *creyendo que en aquello consistía la fuerza de sus aventuras*» (Q. I, 1) «apretándole a ello la falta que él pensaba hacía su tardanza en el mundo etc.».

Por su parte la ley VI del t. 21 observa que «los caulleros deuen ser entendidos e sabidores para saber obrar de su entendimiento. *Ca entendimiento es la cosa del mundo que más dereça al ome*». — Como es popularmente sabido, tropieza D. Quijote con sus aventuras comportando en ellas su entendimiento más torcidamente que un ganchó. — Nos quedamos en duda, al meditar en la figura de D. Quijote, acerca de si el ingenioso hidalgo será, efectivamente, «home a qui Deus ha dada rahó e usa de desrahó e de ignorancia», como apunta Llull en II, 3.

Entendemos (y creemos que está aquí el punto clave de nuestra tesis), que probablemente del texto luliano contenido en II, 18, pudo surgir la idea estructural completa del caballero de la Mancha: «Cavallería e ardiment nos covenen sens saviesa e seny; (afirmativo en D. Quijote, en quien se cambia al signo positivo el negativo «*sens saviesa*», permutándose paradójicamente el término *seny* por su opuesto *follía*). — Y continúa Llull: «car si ho fasían, follía e ignorancia se convenrían ab l orde de cavallería. E si assó era en axí *saviesa e seny, qui son contraris a follía e ignorancia, serían contraris al orde de cavallería*». En D. Quijote, como sabemos, «follía» no se conecta positivamente con «ignorancia», según la secuencia propuesta por Llull, antes bien con *saviesa* genial de nuestro hidalgo, es decir verificación positiva y contraria al extremo argumentado por

Llull. — «E assó —concluye nuestro mallorquín— es impossibil». — Este *impossibil* es lo que convierte y rehace en *possibil* D. Quijote.

Conviene reducir a puros términos matemáticos la fórmula general sintetizada, para su mejor comprensión:

La expresión simple de Llull (subentendida) sería:

Cavallería, ardiment + Saviesa, seny = Orde de cavallería.

Pero el enunciado textual del maestro Ramón dice:

Cavallería, ardiment - Saviesa, seny = Follía, ignorancia = - O. de cav.

La racional permutación de los términos centrales en esta fórmula, acompañados de su correspondiente cambio de signo, nos da justa y exactamente la síntesis intencional ontológica que envuelve lo idiosincrático de D. Quijote:

Cavallería, ardiment + Saviesa, follía = Seny, ignorancia = + O. de cav.

Fórmula que razonaremos del modo siguiente: Tendencia esencial del Quijote: realizar destructivamente el extremo contrario final de *negación de caballería, incrementada* con un «ardiment» de caballería *por escarnio*, obteniéndose, de esta forma, una *mayor negación de caballería*. Así es como «cavallería e ardiment» *incrementan* negativamente (signo \pm) un fuego de *follía* que combustiona purificativamente su «saviesa» ingeniosa. Como resultado esta combustión de juicio por *cavallería, ardiment, follía* en D. Quijote se obtenía, para la masa popular, además de un solaz *historiativo* a lo filigranescos oriental, un retorno y devolución de *seny*, más una conveniente «ignorancia»-olvido, que, si bien ilegal negación-aniquilación de caballería, era, no obstante y de paso, la *quema* y destrucción, efectiva y perseguida, de los perniciosos libros que malparaban el juicio vulgar.

No ha sido escabroso de comprender el arabesco de esta fórmula, y hayamos dado, quizás, en algún importante clavo que convenía remachar.

La soberbia de D. Quijote, al envalentonarse contra unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia, deteniéndolos en mitad del camino y empenándose en que debían proclamar a la emperatriz de la Mancha Doña Dulcinea del Toboso como la más hermosa mujer del mundo, pudo haber tomado directa sugerencia contrariativa en VI, 13 del *Libre de Cavallería* titulado «Superbia». — Reparar la falta de juicio en D. Quijote los dichos mercaderes y hasta bromean imprudentemente acerca de su alta dama. Por lo que el enfurecido hidalgo embiste, con su lanza baja, contra el atrevido mercader que osara el horrible insulto. A los pocos pasos de la em-

bestida, tropieza Rocinante, y caen lastimosamente caballo y caballero, quedando nuestro hidalgo y su soberbia presos de sus mis armas. — «Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podía, D. Quijote estaba diciendo: —Non fuyais gente cobarde; gente cautiva atended, que no por culpa mía sino de mi caballo estoy aquí tendido etc.». — «Uno de los mozos de mulas, oyendo decir al *pobre caído* tantas *arrogancias*, llegándose a él, tomó su lanza y después que la hizo pedazos los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos, *no cerraba la boca, amenazando al cielo, a la tierra y a los malandrines*, que tal le parecían». — Y dice Llull en VI, 13, que ya hemos citado: «Superbia es vici de desigualdad... e car *humilitat e fortitut* (ambas faltan aquí notoriamente en D. Quijote) son dues virtuts e aman egualdat e son contra ergull... Con serás guarrit de *totes armes* sobre *ton gran cavall*,⁸ *serás ergullós? E si ets enderrocat de ton cavall e ets prés e vensut, serás tan ergullós com eras?* — No (dice Llull) *car forsa corporal* aurá vensut e sobrat ergull en coratge de cavaller». Pero Cide Hamete, según hemos visto, conduce a contraria paradoja y parodia este caso. Nadie sino su propio caballo derriba a D. Quijote, nadie hace prisionero al hidalgo sino sus propias armas. Si bien «*defalliment* de forsa corporal» habían *vensut e sobrat* a nuestro hidalgo, la abrumación y abatimiento físico *no consiguen deshinchar su genial «ergull»*, puesto que, aun cuando «enderrocat de son cavall pres e vensut» con sus propias armas, al ser apaleado por un postrer mozo de mulas, «con toda aquella tempestad de palos no cerraba (paradójicamente) su boca el miserable caído» (*Quij.* I, 4).

En la aventura de los batanes (I, 20) cuando amo y escudero escuchan la misma voz del miedo en aquel golpear acompasado que va tundiendo la obscuridad de la noche al tiempo que sus almas, D. Quijote rompe y se desgaja de la caridad que debiera mantener

⁸ Hablando Cervantes de una «*ilustración*» que venía «en el primer cartapacio» de los manuscritos arábigos dice que en ella «estaba Rocinante maravillosamente pintado, *tan largo y tendido*, tan atenuado y flaco, *con tanto espinazo*, tan hético confirmado que mostraba... con cuanta advertencia y propiedad se le había puesto el nombre de Rocinante».

Parodia-paradoja, al parecer, de la curiosa expresión luliana «*ton gran cavall*» de este pasaje. — También D. Alvaro de Tarfe, en la II Parte del Quijote espurio, encuentra a Rocinante «demasiado alto y sobrado largo, fuera de estar muy delgado» (AVELLANEDA, *Quij.*, 3).

con Sancho al resolver enfrentarse con el misterio de aquella aventura. Suplicaba el escudero con toda su alma a D. Quijote que no lo abandonase en aquella obscuridad, «porque no bien se habrá vuestra merced alejado unos pasos cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiere llevarla». Pero D. Quijote ordena cruelmente a su criado que apriete bien las cinchas al caballo, sin hacerle el menor caso. — «Viendo, Sancho, la última resolución de su amo determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo bonitamente y sin ser sentido *ató con el cabestro de su asno ambos pies de Rocinante*; de manera que cuando D. Quijote se quiso partir no pudo... porque *el caballo no se podía mover sino a saltos*... Y así fué como D. Quijote no quiso enojar a la fortuna ni dar coces contra el aguijón». — Y en VI, 5, del *Libre de Cavallería*, «qui es de les custumes qui es pertanyen a cavaller», Lluïl dice lo siguiente: «Cavaller sens caritat no pot esser sens crueltat e mala voluntat». — Nos encontramos nuevamente con la parodia paradoxiva; jamás hay crueldad ni «mala voluntat» en D. Quijote; si bien podía parecerlo al abandonar a Sancho en la obscuridad de la noche. El hidalgo se entrega a cierta «noblesa de coratge», movido por un «ardiment de cavallería», y el que comete aquí astucia cobarde contra el noble corazón de su amo es el que *parecía víctima* de la *crueltat e mala voluntat de cavaller* no conceptuable como «sens caritat». — «E caritat fa leuger lo carrech de cavalleria» (que Sancho se encargará de volver pesado para Rocinante). — «*E axí com lo cavall sens peus no poría portar lo carrech que el noble coratge de cavaller sosté per honrar cavallería axí cavaller sens caritat etc.*». — La sugerencia del símil luliano aparece clara y diáfana. La «anulación de los pies del caballo» viene causada, no moralmente por la supuesta víctima de la falta de caridad (Sancho abandonado en la oscura noche) sino por el realizador de una villanía contra la más esforzada caballería de D. Quijote (Sancho industrial y astuto). — Aún el fondo nocturno de la escena es parodia del silogismo que se inicia en el párrafo siguiente: «...si ome sens cors fos ome, fora ome cosa invisible; e si o fos ome no fora so que es etc.». Pero en nuestra curiosa historia «ome es so que es» a pesar de que todo sucede en la cerrada obscuridad de la noche y *no verse los cuerpos*. Replica Sancho a su amo que «no debe haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. —¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo

D. Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca o colodrilo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es dijo Sancho; pero *tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo*, puesto que por buen discurso se puede entender que hay poco de aquí al día». Silogismo contraparatístico y perogrullesco del que había expuesto Lluï al decir su «adormilado» de «si ome sens cors fos ome, fora ome cosa invisible; e si ho fore etc.».

En II, 23, dice Lluï: «Traydors, ladres robadors, deuen esser encaçats per los cavallers». — D. Quijote no tan solo *no persigue* «traydors, ladres, robadors», sino que su más famosa aventura acontece al libertar y dar suelta a toda una cadena de galeotes, «traydors, ladres, robadors», robándolos el mismo D. Quijote, en virtud de su caballería, a la misma Santa Hermandad, sucesora de la antigua Caballería alfonsina, hurtándose, además, él mismo y con buena precaución, a la justicia de aquella entidad, cuando por consejo de Sancho, incurriendo en «defalliment de noblesa e coratge en cavaller», se interna en Sierra Morena.

D. Quijote, como sabemos, se hace armar caballero «por el primero que topase» (Q. I, 2), que fué aquel ventero, «hombre gordo y pacífico (inútil para caballería según Lluï, «home contret o massa gros no deu esser en l'orde de Cavallería», III, 17), más ladrón que Caco y no menos maleante que estudiante o paje», el cual ventero «por tener de qué reir aquella noche, determinó de seguir el humor de su huésped». Al ser armado caballero D. Quijote, además de reunir un apenas contable número de contrariedades a Caballería, abarca enteramente «las tres maneras en que puede ser tomada caballería por escarnio». La ley XIV del tit. 21 especifica: «non puede ser cavallero el que una vegada ouiesse recebido cauallería por escarnio. E esto puede ser en tres maneras. La 1.^a quando el que fiziesse cauallero *non ouiesse poderío de fazer*. La 2.^a quando el que la recebiesse *non fuera ome para ello*. Y la 3.^a quando alguno que ouiesse derecho de ser cauallero *la recebiesse a sabiendas de que es por escarnio*». — Exactamente ni el ventero del cap. 2, I que arma caballero a D. Quijote «ha poderío de fazer», ni tampoco el hidalgo es «home para ello» y necesariamente ha de comprender éste que su horrendo padrino se comportaba como fatuo y mozacho granuja («fatuus vel impubes non possunt creare milites») al contar él mismo como había seguido las andanzas de caballería por los Percheles de Málaga, Playa de Sanlúcar,

Ventillas de Toledo etc. (geografía del hampa española de aquel entonces) «ejercitando la ligereza de sus pies y la habilidad de sus manos, haciendo muchos tueritos etc.». Como vemos esta referencia supone fatuidad y anticaballería expresa de boca del mismo ventero. — Y dice Llull en VI, 9 y 10: «E si lo cavaller no es ordonat ni virtuos en sí mateix *no pot donar so que no ha* (caballería) e es de pijor condició que les plantes qui han virtut de donar les unes a les altres lur natura, e assó mateix se segueix de les besties e de les aus». — Notemos la circunstancia ambiental parodiática del ventero, especulador en mísera comida de las híbridas bestias de unos arrieros, raramente servidor solícito de nobles caballeros como fuera D. Quijote a pesar de «trocarle» aquella su venta descampada en espléndido castillo. — «Aytal cavaller malvat, qui desordonadement vol fer e multiplicar orde, fa injuria a cavallería e al escuder: e de asso per que ell deuría esser desfet (escarnio de caballería) vol fer so qui no cové esser fet (escarnecer caballería armando caballero a D. Quijote con triple escarnio). Por lo que sigue en este mismo párrafo luliano entrevemos, quizás, lo que parece haber sido embrión auténtico y causativo de la inmortal figura del manchego caballero, joya imponderable del ingenio humano:

«E per lo falliment d'aytal cavaller s'esdevé que algunes vegades l'escuder qui pren cavallería *no es tan ajudat per la gracia de Deu ni per virtut de cavallería: on, per assó, tot escuder es foll qui d'aytal cavaller pren cavallería*». — Rigurosamente exacto, argumental y apoloético, según popularmente sabemos, en la especulada a fondo locura de D. Quijote, y base misma de todo su argumento.

Tal pudo ser, pues, la base-guía de sugerencias documentales con origen frenológico y sicopático en el *Libre de Cavallería* de Ramón Llull, proporcionador, tal vez, del mineral con que se forjó el temple de ingeniosa locura en el famoso hidalgo español: haber tomado su fabulosa caballería utópica «d'aytal cavaller malvat qui desordonadement volgué fer e multiplicar orde».

GUILLERMO MOREY MORA